

imposible que se hiciesen tales conquistas, imposible parece después que se pierdan, y los que creían antes que nunca les habrían sido arrancadas, llegan á poco á tal grado de abatimiento, que nada emprenden para recogerlas.

Entonces fué cuando la aristocracia romana se sintió mortalmente herida y comenzó á desmoralizarse. Al contrario, así que los plebeyos lograron reformar la constitución religiosa, desistieron para siempre de sus proyectos de retirarse de Roma, donde tenían ya cuanto les hacía falta para luchar y vencer: nuevas retiradas no hubieran tenido objeto ninguno. Con el misterio de las religiones, el pueblo posee el misterio de las leyes; con las leyes, el medio de aprovecharse de su victoria; sabe las fórmulas sagradas, por las que puede arraigar sus revoluciones, repartiéndose las tierras del dominio público. ¿Á qué retirarse ya de la ciudad? Ya no hay sino hombres que combatir; los dioses se han pasado á su lado.

II

Roma y el mundo

Dedujeron los romanos, del hecho de haber realizado sus conquistas evocando los dioses extranjeros, la singular consecuencia de que el medio de ser invencibles era ocultar al mundo el nombre de su divinidad nacional. En vez de imponerla á las demás naciones, no permitieron á nadie invocarla, por temor de que fuese atraída, con mejores ofrendas, fuera de sus murallas. El secreto, en efecto, fué tan bien guardado, que la mayor parte de los romanos murieron sin saber á punto fijo cuál era el nombre de la divinidad nacional de Roma. Sólo por haberlo pronunciado, dícese que fué crucificado un tribuno.

El misterio pasó luego de la religión á la política, erigiéndolo en razón de Estado, quedando hasta en las épocas más libres alguna sombra de este interdicto. Los mismos historiadores latinos no conocían más que la fase externa de los sucesos, escapándoseles el secreto del imperio, hasta el extremo de que Cicerón, aun en medio de su engrandecimiento, confiesa que no posee el secreto

de los sacerdotes, y que nada puede decir del derecho pontifical, de la religión ni de las ceremonias. Igual confesión hace Virgilio, sin quererlo, en cada página. Es decir, que la aristocracia nunca se confió ni á los príncipes de sus escritores, á quienes ocultó siempre su Dios, por cuya causa lo que ellos nos dicen no puede satisfacer, sino á medias, nuestra curiosidad por las cosas sagradas. Esperamos siempre una palabra más íntima, más profunda, que descorra el velo, pero en vano; porque ellos mismos ignoran, casi tanto como nosotros, lo que deseamos saber. Buscamos en ellos el alma de las cosas, mas no la encontramos: nos dejan fuera del templo.

He aquí la verdadera diferencia respecto del genio griego, tan expansivo, tan impaciente por prestar su religión á toda la tierra. Leyendo la historia de su Hércules ó de su Apolo, nos enteramos, en parte, de la historia de los pueblos que los adoraron. Pero no se pregunte al antiguo dios de los latinos, bajo la figura de un hierro de lanza; nada tiene que contarnos de su pueblo; no tiene voz para declarar el misterio de la Razón de Estado divinizada.

No es extraño que sobre estos dos principios opuestos se funden dos distintas sociedades: la de los griegos, que establecen por todas partes donde se fijan un dios nacional, poderoso, dejando en pos de sí un hogar de civilización. Cada una de esas colonias lleva en sí un germen sagrado y se con-

vierte en sociedad independiente. Al contrario, la ciudad del Tiber, encerrando dentro de sus murallas todos los gérmenes religiosos del universo, no deja en todo el mundo más que un punto viviente, Roma, cuyas colonias nunca pasan de campamentos ó mercados.

Produjo esto un fenómeno totalmente nuevo en el mundo, á saber: que á tantas conquistas puramente materiales no se juntó ninguna ambición de dominación moral. En las sociedades precedentes los dioses se oponían y luchaban entre sí como los pueblos, y tal es aún el fondo de la *Ilíada* de Homero; los romanos, por el contrario, no se atrevieron nunca á ejercer acto de soberanía en el mundo religioso. Como aquí no había ya vencedores ni vencidos entre los dioses, nacieron de ahí consecuencias completamente nuevas; llegó un instante en que no hubo ya vencedores ni vencidos entre los pueblos, y entonces acabó la ciudad antigua.

Los romanos, mientras vivieron, estuvieron persuadidos de que las religiones les servían como instrumentos de conquista, sin advertir que eran constantemente dominados por el espíritu de los mismos cultos de que creían burlarse. Y es más chocante aún que la ilusión de los antiguos en este punto dure todavía.

Polibio admira mucho la política de la aristocracia romana en la religión. Si hubiese vivido más tiempo, habría visto á aquellos fieros patricios, cogidos en las redes de su sagrada diplomacia,

llegar á un fin distinto de aquel á que pretendían: la nivelación de los dioses privilegiados arrastra en pos de sí la destrucción de los privilegios civiles; la política de la astucia vencida, á pesar de los fraudes de los augures, por la fuerza de las cosas; las religiones extranjeras, una vez establecidas, hacerse más fuertes que la antigua Constitución y arruinarla; á Roma dejar un jirón de su propia substancia en cada uno de sus triunfos, y á los señores del mundo emplear un ingenio prodigioso en aniquilarse con sus propias victorias.

Seguramente era cosa hábil, en apariencia, convertir los cultos enemigos en otros tantos cómplices. Los dioses indigenas, en el Capitolio, se hallaban siempre dispuestos á retirarse y ceder su puesto á los dioses extranjeros. Pero he aquí las consecuencias: no habiendo podido asentar sus conquistas sobre la soberanía religiosa y la ciudad sobre el fundamento de un culto nacional, absorben los romanos inmensos imperios, sin poder nunca colmar el vacío interior de la ciudad. Cuantos más pueblos sujetan, pasan á ser más y más dependientes de los cultos, de las religiones, del espíritu extranjero. Se empeñan en dominar el mundo, y el resultado de cada victoria es, por el contrario, disminuir el espíritu romano, trayendo á Roma un alma enemiga. Este vacío religioso es el golfo que ningún *Curtius* podía colmar, y en el que todo el universo había de sumergirse.

Todos estos dioses que la aristocracia romana

introducía en su panteón, eran el caballo de madera dentro de los muros troyanos. El enemigo salió al fin del vientre de aquella sabia máquina, y la antigua ciudad quedó destruida.

Porque estas religiones extranjeras contenían el alma, el pensamiento, el genio nacional, la eterna esperanza de los extranjeros, para quienes donde estaba su Dios allí estaba su derecho. Ni ¿cómo renunciar para siempre á la vida social, cómo creerse irrevocablemente perdidos, cuando veían el principio mismo de la esperanza y de la vida coronado en el panteón romano? ¿Cómo los etruscos habían de resignarse á la anulación, cuando veían á sus augures triunfar en Roma? Imposible de todo punto. Lo que, por el contrario, era natural que sucediese, es que no dejaran descansar á Roma hasta haber obtenido, al lado de sus dioses, la igualdad social en la ciudad, y esto fué lo que sucedió con los oscos y sabinos. Cualquiera hubiese creído á estos pueblos ahogados en su sangre; mas todo lo contrario, después de terminada la campaña y arrasada su ciudad, se atreven á pedir, no el perdón, ni el reposo, ni la paz, ni la vida á costa de la servidumbre, sino las ventajas del triunfo, esto es, la igualdad con los vencedores. Este hecho es más admirable aún en los samnitas. Apenas Sila ha depuesto su hacha, el espíritu de los muertos resucita, y la matanza de todo el pueblo samnita no puede impedir que el Samnium conquiste el derecho de ciudad. ¿Qué historia es esta, en que

los vencidos triunfan constantemente de los vencedores?

La verdad es que los romanos, que tanto destruyeron, ignoraron siempre el arte del exterminio moral, el único que mata verdaderamente. Engañóles su materialismo ó su indiferencia. Persuadidos de que bastaba destruir el cuerpo, no quisieron nunca combatir más que las fuerzas físicas; pero si de este modo se economizaban la mitad de la lucha, tampoco lograban más que la mitad de la victoria. Habiendo acordado los tarentinos esculpir las estatuas de sus dioses en actitud de combatientes, no se atrevió Fabio á cargar con la responsabilidad de arrancarlas, juzgando prudente dejar al enemigo divinidades tan irritadas que parecían luchar todavía.

Nunca supieron dar el golpe mortal para matar un espíritu, un ser moral como un pueblo, asegurándose así contra sus represalias. No obstante el diluvio de sangre que derramaron, apenas llegaron á desembarazarse por completo de uno solo de sus enemigos, exceptuando á Cartago, cuyo yugo moral rechazaron al rechazar sus ritos insociables. En todas las demás partes dejaron siempre, en pos de sus conquistas, el germen de constantes sediciones, y á nuevas victorias sucedían nuevas exigencias de los vencidos. Los dioses triunfantes en el Panteón romano tienden incesantemente la mano á sus pueblos y los levantan. Scipión, vuelto de sus victorias, encuentra en el foro los pueblos que creía

haber exterminado, y sabida es su respuesta á sus interlocutores: «Aquellos á quienes he llevado aquí encadenados, no me inspiran temor desde que son soberanos.»

Ni aun sobre el esclavo pudieron reinar en paz, porque no supieron anularle moralmente ni quitarle sus altares, sus dioses manes serviles ni su fiesta de las saturnales. Por eso el esclavo, tan mudo en otras partes y tan complaciente, no cesa de acordarse aquí de que es hombre, y se agita y conspira, y bajo el amparo de la diosa de Siria, les inquieta casi tanto como el mundo de los hombres libres.

Aun después de la guerra social, esto es, después de siglos de destrucción, no saben los historiadores cómo la conciencia de la vida social pudo sobrevivir á tales matanzas. En la dificultad de explicarse semejante imposibilidad de morir, no advirtiendo que el alma de las naciones subyugadas se conserva y perpetúa con el Dios nacional, tomaron el partido de negar los hechos y los más ciertos tratados. Otro tanto sucede respecto de la prontitud con que tan gran número de pueblos fueron á confundirse en una misma ciudad. Esta íntima alianza de hombres, tan distintos por la raza y por el idioma, parece, en efecto, increíble, si no se añade la idea de la alianza íntima de los cultos en el panteón romano. Pero una vez reconocida esta unidad de religión, nada más natural que aquella unidad social de los pueblos, sien-

do lo contrario lo que constituiría un verdadero enigma.

Ciertamente, no era así como los orientales aseguraban la tranquila posesión de sus conquistas; antes bien, con menos matanzas quizá, destruyeron infinitamente más, y lo que destruyeron no volvió á levantarse. Comenzaban por degradar las creencias de los vencidos, esto es, por someterlos hasta en la conciencia, bastándoles casi siempre un solo golpe, porque sabían dónde estaba el nudo vital. Una ancha herida abierta en el dios enemigo, evitaba renovar frecuentemente la lucha, porque degradado el culto, caía el pueblo de su alta jerarquía al rango de una casta sin memoria y sin conciencia. El vencido quedaba sepultado vivo con la caída de su Dios, á lo que sucedía el silencio por millares de años, sin temor de represalias por parte de los que habían recibido esta clase de heridas.

Cuando vemos á un hombre como Aníbal no poder arrastrar á su causa á uno solo de los pueblos de Italia, nos es imposible no pensar que encontró un obstáculo invencible á la alianza en las religiones insociables de Cartago. El culto antropófago de Baal, rechazado ya por la conciencia del Occidente, era sin duda lo que él llamaba con amargura la fortuna de Cartago.

Sorprende, sin embargo, que la aristocracia romana fuese tan tarda en apercebirse de que la constitución religiosa, transformándose por la in-

troducción de extraños cultos, había de transformar también la constitución política y social. De los reyes á los cónsules, de los cónsules á los decenviros, de los decenviros á Sila, la aristocracia persiguió constantemente un mismo fin, sin atreverse á adoptar la única medida decisiva que podía darle el triunfo. Realmente se proponía dos cosas contradictorias: por una parte, el deseo de imponer á la sociedad romana la inmutabilidad social de los pueblos del Oriente; por otra, la consagración del principio mismo de los cambios en las novedades religiosas, con el fin de ensanchar el imperio por medio de la conquista. Esto fué lo que la perdió; porque ¿de qué servía proscribir razas enteras, si no existía el valor suficiente para proscribir á los dioses? He aquí la falta, ó más bien, la necesidad que pesa sobre las aristocracias modernas, cuando, proponiéndose conservar el pasado, no se atreven á abolir la libertad de conciencia, que es la negación misma de ese pasado.

Sólo durante las guerras civiles, la fuerza de la pasión parece que iluminó por un momento á todos los partidos, no habiendo entonces una revolución política que no se apoye en una revolución religiosa. Así, el partido de Mario realizó, para conseguir el triunfo de la democracia, una empresa nueva y perfectamente razonable; introdujo la democracia en la religión, dando al pueblo el derecho de nombrar los sacerdotes. Lo contrario hizo Sila: abolió la ley de Mario; devolvió al colegio de

los sacerdotes el derecho de elección. No comprendo por qué no se da más importancia á esta contrarrevolución en el sacerdocio, base de todo el sistema de Sila.

Mas esto, por otra parte, no era sino un remedio á medias; no alcanzaba hasta matar en el alma el derecho de los plebeyos, privándoles de toda esperanza. Por esto fué borrado el primer soplo contrario, y el derecho del pueblo restablecido en la religión tan pronto como la democracia reapareció con César.

La lógica de Sila era más aparente que real. En vano pasaba á cuchillo á los atenienses, pretendiendo vencer el espíritu de novedad griega; entregaba, es verdad, al pillaje el templo de Delfos, pero traía con el botín la estatua nacional del Dios de los griegos, á la que él mismo prestaba adoración cuando llegaba el momento del peligro. El restaurador del viejo genio romano, ¡sólo de los dioses romanos se olvidaba!

¿Por qué, si su pensamiento era restablecer la vieja constitución de la aristocracia, no impuso lo que era condición indispensable para ello? ¿Por qué no prohibió al pueblo desde luego los altares plebeyos? ¿Por qué no le arrancó con sus veinticuatro hachas el derecho usurpado de los auspicios? ¿Quién lo hubiese resistido? Este era el único medio, dado que hubiese tenido éxito, de contener á la democracia y volver el torrente hasta su fuente; pero Sila, en medio de su obra de exterminio, no

se atrevió á tanto, no parece que pensó jamás en cortar la cabeza de la hidra. Abatió cuanto el brazo podía alcanzar, pero no acertó á herir ni un solo espíritu, y creyendo que podría anegar en sangre la nueva sociedad, no intentó siquiera prohibirle sus ritos. El hombre que no retrocedió nunca ante la matanza, tembló ante las divinidades plebeyas. Desde entonces nada hubo que esperar; vióse ya que su obra de restauración no sería más que una obra de sangre.

Apenas, en efecto, hubo pasado, todos aquellos que había aniquilado reaparecen. Los proscritos se convierten en proscritores; los muertos matan á los vivos. Porque en los tiempos corrompidos que preceden á la caída de las sociedades la muerte desempeña un gran papel; es la única divinidad que los hombres toman aún en serio, y si les liberáis de este temor, en seguida os desprecian.

Nada más raro, por otra parte, en todos los partidos que la energía del espíritu unida á la energía del carácter. ¡Qué pocos hombres se atreven á hacer lo que es necesario para superar un peligro mortal! Sólo una cosa pudo salvar á Catilina, la única que no se atrevió á hacer: armar á los esclavos.

Sin embargo, no sucumbieron los patricios sin haber presentido que para conservar la antigua sociedad era indispensable despojarse de los nuevos cultos; pero este pensamiento, que de vez en cuando la fuerza misma de las cosas revelaba, no llegó nunca á ser para ellos evidente. Por eso des-

pues de un esfuerzo momentáneo volvieron á abrir sus puertas á poderes que no eran, después de todo, hacia ya mucho tiempo sino supersticiones ilusorias para las clases elevadas. El escaso aprecio que de su religión hacian fué la causa principal de que se dejasen invadir por las religiones de los demás, y después de haber sido víctimas de su terror, lo fueron de su indiferencia. Al principio tuvo la nobleza excesivo miedo á los dioses extranjeros para atreverse á proscribirlos, y cuando cesó de temerlos era ya tarde para expulsarlos.

De este modo evitaron malquistarse con ninguno de los treinta mil dioses de la antigüedad en tanto temieron uno solo; pero desde que cesaron de creer en su religión, no temieron reprimir ya las que le contrariaban. Únicamente en los tiempos de incredulidad, bajo los emperadores, tuvieron valor para proscribir el culto de los judíos, el de Serapis y el de los Druidas, de suerte que en la fe se mostró tolerante y en la incredulidad exclusiva. Prueba de esto dieron cuando hubo que derribar, por orden del Senado, el templo egipcio de Serapis: los obreros romanos no se atrevían á poner mano á la obra; parecían oír en el santuario los aullidos de Anubis; fué preciso que un espíritu despreocupado diese el primer martillazo.

Y es que aquellos hombres, tan intrépidos para verter sangre, fueron durante mucho tiempo los más tímidos en el mundo de los espíritus. Desde Virgilio hasta Stacio no se oye más que una voz,

el acento de Lucrecio, que rompe las murallas de los templos: grito de un alma que se ahogaba bajo el terror, en el recinto de un mundo de convención, y que de repente se halla libre en el infinito. Cuanto más se consideran los testimonios de la antigüedad, mayor seguridad se adquiere de que el fondo de la religión del romano era el miedo al universo inteligible. Sus dioses le fueron revelados por el rayo, y él quedó, con el alma oprimida y encadenada, bajo el peso de la sagrada amenaza. He aquí por qué en esta especie de pánico espiritual que nada distingue ni mide, adora indiferentemente todas las potencias de que oye hablar, buenas ó malas, como la adversa Fortuna, la Fiebre, la diosa de las Cloacas, el Terror mismo. Sobre la tumba de uno de los Scipiones se lee que dedicó templos á las tempestades.

Bastaba para llenar de terror los corazones de hierro de aquellos señores del mundo un trueno, un relámpago, hasta lo que parece increíble, la caída de una cigarra. ¡Cuántas leyes con pasión deseadas y discutidas con madurez fueron súbitamente abandonadas porque una corneja había cruzado por el horizonte! El pánico, ¡cosa extraña! sobrevivió en ellos á la creencia, y cuando la fe hubo desaparecido, quedó un fondo de estupor, que se mostraba en todos los asuntos en que la religión intervenía.

La decencia, el vestido, se convierten para ellos en otros tantos nuevos dioses términos, que

no se atreven á destronar. Carácter fiero, pensamiento tímido, tal es aún el temperamento de las naciones modernas de raza latina. ¿No parece, en efecto, que cuanto había de vagos terrores, de pánicos serios ó fingidos, en la religión de los romanos, ha pasado á la de estos pueblos?

Ni Mario se atrevió á proscribir los antiguos cultos ni Sila los nuevos, y de aquí el que los romanos se encontraran invadidos así que hubieron acabado de vencer. Cuando creían haber domado el mundo, sucumbieron bajo sus represalias, porque de cada una de las ciudades que parecían muertas, salió no una queja, sino un mandato. Mucho antes que César, pasaron el Rubicón los dioses extranjeros, é inauguraron el derecho, la nacionalidad del extranjero; al fin, cada una de las provincias conquistadas se eligió su César, esto es, un señor á sus vencedores. No son, no, los prócules los que arrastran en pos de sí al Asia; son la buena diosa, Serapis, Mithra. Por otra parte, Mercurio Tétates abre á los germanos la puerta de la vía Flaminia. Vióse entonces claro que Roma sólo había vencido para sus enemigos: terrible desengaño que se descubre claramente en tiempo de los emperadores.

He aquí cómo desde que las religiones se convirtieron en un instrumento político, se gastaron con una rapidez prodigiosa. Roma, para proveer á aquel consumo moral, tuvo necesidad de agotar todas las fuentes del mundo pagano, empezando

por sus mismos dioses, cuya autoridad duró apenas lo que la de los reyes. Vinieron luego las divinidades griegas, que presidieron al establecimiento de la República, pues ya el primero de los Brutos menosprecia la autoridad de las sibilas de Italia, y va á demandar al dios de Delfos el secreto que los altares italianos ignoraban. Delfos se gasta á su vez, y el oráculo se retira á Egipto en las arenas de Ammón.

Desde la segunda guerra púnica, todos los dioses conocidos habían perdido su crédito. Para librarse de Aníbal, Roma se precipita en el culto de la buena diosa de Frigia, con el cual comienza el reinado de los dioses orientales. La época del imperio fué ocupada por sus genios monstruosos, que acabaron por arrastrar en pos de sí la constitución imperial, que comenzó con Diocleciano. Llegó un instante en que no se encontraba en el mundo templo, santuario, culto, oráculo, altar ó dios pagano que no hubiese servido á la política de Roma y que no se hubiese arruinado en esta alianza. Roma había devorado la substancia entera del paganismo; la ciudad pagana debió desaparecer con él.

Entre la fe profesada en público y la incredulidad declarada en la intimidad, era la contradicción demasiado flagrante. Todo el mundo veía que semejante artificio no podía durar. Los romanos, en situación tan falsa, temblaban en medio de su prosperidad, temiendo que bajo la mentira oficial

se abriese el abismo. En el fondo de todas las cosas se percibía un mal presagio.

Una nueva extraña se extiende al fin en plena paz, anunciando que un rumor sordo, semejante al del choque de las armas, se ha oído en el territorio latino. El pueblo romano se inquieta, se aterra; interroga solemnemente á los arúspices, y éstos le responden que aquel ruido sordo anuncia que la forma de la sociedad está próxima á cambiar.

Sucedía esto pocos años antes de la ruina de la república; ya entonces se oían los crujidos del edificio.

III

Los Césares.—La religión del derecho.—Fin de la ciudad antigua

En la manía de inventar auspicios á gusto de su política, acabaron los partidos por privar al pueblo de toda religión, y como en él religión era sinónimo de temor, hallóse á un mismo tiempo desembarazado de estos dos frenos, y no se confió más que á la fuerza, lo que le condujo necesariamente al régimen de los emperadores. El Foro estuvo en medio de los ejércitos, y á nadie admiró el que Valerio Máximo dijera á Tiberio en el prefacio de su libro: «Las otras divinidades no existen más que en la opinión, pero tu divinidad la vemos y tocamos en ti. Hemos tomado al mundo el resto de sus dioses, y le hemos dado los Césares.»

No hay para qué admirarse, pues, si tantos emperadores se creyeron de la familia de los dioses ó se tuvieron á sí mismos por tales, consecuencia natural de la idea que los romanos acabaron por formarse de las religiones paganas. Ya desde los tiempos de Ennio creían los patricios que los dio-